

Pereira, Antonio

Eduardo Keudell

Tres nombres tres atesoros en el coto vedado de mi albedrío: Borges, Onetti, y Pereira. Parece poco, pero es mucho, porque en el albedrío sitúo mi filiación moral. El territorio literario circundante, en cambio, es más amplio, como un escenario pampeano de Giraldes, donde habitan mis admiraciones y un etcétera mayúsculo que llega hasta donde se pierde la vista. Volviendo al albedrío, diré que es como un templo ateo, esencialmente camal. Reunir esta trilogía me llevó media vida, aunque me devolvió otro tanto, lo cual me resarcí. De manera que, faltaría más, respeto al calendario que me marca la edad, pero lo hago ascuas en cuanto me hago hijo. Carnal, he dicho, porque toqué a Borges a Onetti y a Pereira, me dieron de beber café con leche, vino, y vino, y de comer masitas, saladitos, y un menú sobrecogedor, todo respectivamente. Cuentistas los tres, novelistas también el segundo y el tercero, y poetas en general. El tacto. Me refiero al sentido tan bien distribuido a flor de piel, y el sector de epidermis donde se registra el amor absoluto: el antebrazo. Los novios van del brazo sobre la alfombra nupcial, y por eso dudo sobremanera del amor marital. Me refiero entonces al enigma de la vida, a la ecuación paterno-filial acerca de la cual un pensador que marcó el siglo dijo: «Al final se impone el amor». Pues bien, mi memoria es táctil después de haber soportado tres seísmos de magnitudes inconmensurables. El primero fue en Buenos Aires, en el verano porteño, en el piso de Borges, en la calle Maipú. Nos levantamos de la mesa y me buscó el brazo para que le guiara la ceguera. Posó su mano justo en el epicentro del antebrazo, orillando el ángulo casi recto de la coyuntura del codo. No escuché más lo que me decía porque me pareció veraz la revelación del Aleph. Me despedí deprisa. Ya en la calle, caminando hacia un bar cualquiera; también se me hizo cuento que empezó Buenos Aires; la juzgaría para siempre eterna, como el agua y el aire.

El caso es que el segundo seísmo me sacudió en Barcelona, en el hotel Balmoral, en la Vía Augusta casi Diagonal. Onetti estaba varado en la cama, con un pijama celeste impecable. Después de varias llamadas telefónicas, y otras tantas negativas de su mujer, por fin yo había logrado hablar con él. Me dijo: «Venite ahora que estoy solo». Y allí estuve, y pidió un rioja, y fumamos, y bebimos, y cuando me dio la mano y me puso la otra en el epicentro del antebrazo, esta vez sí atiné a

escuchar: «...uno se entretiene en amores, en cafés con los amigos, pero acaba por escribir». Esa vez también marché deprisa, y atosigado por el aroma portuario de aquella Barcelona, enfilé hacia una papelería, compré un block, y empecé a cumplir la sentencia.

El tercer movimiento sísmico fue hace poco, unos días nada más, en León, que ni bien llegué ya me pareció excesivamente diáfano. Muy soleado lo notaba, casi alegre, como haciendo caso omiso a la nomenclatura castrense. Me fui entonces a la librería Pastor ahí en Santo Domingo, compré un libro de Antonio Pereira de la colección Austral, y a las dos menos tres minutos, porque habíamos quedado a las dos, llamé al portero eléctrico. «Te abro», me contestó como un padre cómplice que abre la puerta al hijo calavera al amanecer. Y allí estaba hecho carne el dueño de las ciudades de Poniente, el que habita el Noroeste de la lengua castellana que es el territorio del cuento. Hablamos, hasta la hora de bajar a comer. Mi mujer y la suya, Úrsula, bajaron en ascensor, y nosotros por la escalera, que Pereira encara como si no tuviera setenta y cinco años. Fue en el umbral, casi haciendo pie en la acera, cuando posó su mano en el epicentro de mi antebrazo. Dejamos que ellas se adelantaran y, a paso lento, se me jerarquizó la vida. Mientras lucía mi filiación, me parecía que una isobara estival nos marcaba el camino hacia el restaurante. Me iba contando que escribe a mano, que después lo pasa a máquina como un acto más de creación, y que corrige obsesivamente. Pone en un prólogo: «El concepto de "texto definitivo" no corresponde sino a la religión y al cansancio. Y a la soberbia, añado a las palabras de Borges». Comemos fascinados por el menú contundente y el tinto manso. «¿Sabes por qué escribo?», dice Pereira. «Para tomar un vino y comer con los amigos». Claro, la gloria es eso, aunque tenga premios, dé conferencias, o sea capaz de detener la existencia en sus textos. Y me animo a hacerle la pregunta que me ha llevado tantos años: ¿Hay que optar por la literatura o por la vida? Y he aquí la respuesta: «La literatura es la espuma de la vida». Tantos años frente al mar, tantas olas zarandeando mi velero, tanta espuma de la Tramontana y no me daba cuenta. A eso de las cuatro salimos del restaurante. Otra vez su mano me otorgó filiación, hasta la esquina, donde me separé de él como quien se desangra.